

el derecho a la ciudad

david harvey

Vivimos en una era en la que los ideales de los derechos humanos se han colocado en el centro de la escena tanto política como éticamente. Se ha gastado una gran cantidad de energía en promover su significado para la construcción de un mundo mejor, aunque la mayoría de los conceptos que circulan no desafían fundamentalmente las lógicas de mercado liberales y neoliberales o los modos dominantes de legalidad y de acción estatal. Vivimos, después de todo, en un mundo en el que los derechos a la propiedad privada y el beneficio aplastan todas las demás nociones de derechos. Quiero explorar aquí otro tipo de derecho humano, el derecho a la ciudad.

¿Ha contribuido el impresionante ritmo y escala de urbanización de los últimos cien años al bienestar humano? La ciudad, en palabras del sociólogo urbano Robert Parker, es el intento más exitoso del ser humano de rehacer el mundo en el que vive de acuerdo con el deseo más íntimo de su corazón. Pero si la ciudad es el mundo que el ser humano ha creado, es también el mundo en el que a partir de ahora está condenado a vivir. Así pues, indirectamente y sin un sentido nítido de la naturaleza de su tarea, al hacer la ciudad, el ser humano se ha rehecho a sí mismo. [1]

La cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede estar divorciada de la que plantea qué tipo de lazos sociales, de relaciones con la naturaleza, de estilos de vida, de tecnologías y de valores estéticos deseamos. El derecho a la ciudad es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad. Es, además, un derecho común antes que individual, ya que esta transformación depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo para remodelar los procesos de urbanización. La libertad de hacer y rehacer nuestras ciudades y a nosotros mismos es, como quiero demostrar, uno de nuestros derechos humanos más preciosos, pero también uno de los más descuidados.

Desde sus inicios, las ciudades han surgido mediante concentraciones geográficas y sociales de un producto excedente. La urbanización siempre ha sido, por lo tanto, un fenómeno de clase, ya que los excedentes son extraídos de algún sitio y de alguien, mientras que el control sobre su utilización habitualmente radica en pocas manos. Esta situación general persiste bajo el capitalismo, por supuesto; pero dado que la urbanización depende de la movilización del producto excedente, surge una conexión íntima entre el desarrollo del capitalismo y la urbanización. Los capitalistas tienen que producir un producto excedente a fin de producir plusvalor; éste a su vez debe reinvertirse para generar más plusvalor. El resultado de la reinversión continuada es la expansión de la producción de excedente a un tipo de interés compuesto, y de ahí proceden las curvas logísticas (dinero, producción y población) vinculadas a la historia de la acumulación de capital, que es replicada por la senda de crecimiento de la urbanización en el capitalismo.

La perpetua necesidad de encontrar sectores rentables para la producción y absorción de capital excedente conforma la política del capitalismo y enfrenta al capitalista con diversas barreras a la expansión continua y libre de inconvenientes. Si el trabajo es escaso y los salarios son altos, o bien el trabajo existente tiene que ser disciplinado normalmente los dos métodos más comunes son provocar un desempleo inducido tecnológicamente o asaltar el poder de la clase obrera organizada—, o bien deben encontrarse nuevas fuerzas de trabajo mediante la inmigración, la exportación de capital o la proletarianización de elementos de la población hasta ese momento independientes. Los capitalistas deben también descubrir nuevos medios de producción en general y nuevos recursos naturales en particular, lo cual presiona de modo creciente sobre el entorno natural a la hora de obtener las materias primas necesarias y absorber los residuos inevitables. Los capitalistas necesitan también descubrir nuevas áreas de extracción de recursos naturales, tarea que es con frecuencia el objetivo de los esfuerzos imperialistas y neocoloniales.

Las leyes coercitivas de la competencia también fuerzan la continua implementación de nuevas tecnologías y formas organizativas, dado que éstas permiten que los capitalistas venzan a sus competidores que utilizan métodos inferiores. Las innovaciones definen nuevos deseos y necesidades, reducen el tiempo de rotación del capital y mitigan la fricción de la distancia, lo cual limita el ámbito geográfico en el que el capitalista puede buscar suministros ampliados de fuerza de trabajo, materias primas y demás insumos productivos. Si no existe suficiente poder de compra en el mercado, deben encontrarse nuevos mercados mediante la expansión del comercio exterior, la promoción de nuevos productos y estilos de vida, la creación de nuevos instrumentos crediticios y el gasto público y privado financiado a través del endeudamiento. Si finalmente la tasa de beneficio es demasiado baja, entonces la regulación estatal de la «competencia ruinosa», la monopolización (fusiones y adquisiciones) y las exportaciones de capital ofrecen vías de salida.

Si alguna de las mencionadas barreras no puede ser evitada, los capitalistas no pueden reinvertir rentablemente su producto excedente, bloqueándose la acumulación de capital y enfrentándolos a la crisis en la que su capital puede devaluarse y en algunos casos destruirse físicamente. Las mercancías excedentes pueden perder su valor o ser destruidas, mientras que los activos y la capacidad productivos pueden dejar de utilizarse como tales y quedar ociosos; el dinero mismo puede devaluarse mediante la inflación, y la fuerza de trabajo, conocer el desempleo masivo. ¿Cómo ha impulsado, pues, la necesidad de eludir estas barreras y de expandir las áreas de actividad rentable la urbanización capitalista? Sostengo aquí que la urbanización ha desempeñado un papel particularmente activo, junto con fenómenos como los gastos militares, a la hora de absorber el producto excedente que los capitalistas producen perpetuamente en su búsqueda de beneficios.

Revoluciones urbanas

Consideremos, en primer lugar, el caso del París del Segundo Imperio. El año de 1848 trajo consigo una de las primeras innegables crisis de capital excedente y de fuerza de trabajo ociosa a escala europea, que golpeó a París de modo especialmente duro, dando lugar a una revolución abortada protagonizada por los trabajadores desempleados y por aquellos utópicos burgueses que consideraban la república social como el antídoto a la avaricia y la desigualdad que habían caracterizado a la Monarquía de Julio. La burguesía republicana reprimió violentamente a los revolucionarios, pero no logró resolver la crisis, que se zanjó con el ascenso al poder de Luis Napoleón Bonaparte, quien organizó un golpe de Estado en 1851 proclamándose emperador el año siguiente. Para sobrevivir políticamente, recurrió a una amplia represión de los movimientos políticos alternativos, mientras que se enfrentó a la situación económica mediante un vasto programa de inversión en infraestructuras tanto en el interior de Francia como en el exterior, en donde acometió la construcción de ferrocarriles en toda Europa y en Oriente, apoyando grandes obras como el Canal de Suez. En el interior, Luis Napoleón consolidó la red de ferrocarriles, construyó puertos y dársenas, y desecó zonas pantanosas, pero sobre todo acometió la reconfiguración de la infraestructura urbana de París, encargando a Georges Eugène Haussmann las obras públicas de la ciudad en 1853.

Haussmann comprendió claramente que su misión era contribuir a resolver el problema de la existencia de capital excedente y la situación de desempleo existente mediante la urbanización. Reconstruir París absorbió enormes cantidades de trabajo y capital para la época y, suprimiendo las aspiraciones de la fuerza de trabajo parisina, fue un instrumento esencial de estabilización social. Haussmann se inspiró en los planes utópicos que fourieristas y saint-simonianos habían debatido durante la década de 1840 para remodelar París, introduciendo, no obstante, una importante diferencia, ya que transformó la escala a la que se imaginó el proceso urbano. Cuando el arquitecto Jacques Ignace Hittorff le presentó sus planes de un nuevo bulevar, Haussmann se los devolvió diciéndole: «No es suficientemente ancho [...] le has dado una anchura de 40 metros y yo lo quiero de 120 metros». Anexionó los suburbios y rediseñó barrios enteros como el de Les Halles. Para llevar a cabo estos proyectos, Haussmann precisaba de nuevas instituciones financieras y nuevos instrumentos de deuda como el Crédit Mobilier y el Crédit Immobilier, que fueron instituidos de acuerdo con líneas saint-simonianas. Haussmann ayudó, de hecho, a resolver el problema de la utilización del excedente de capital estableciendo un sistema protokeynesiano de mejoras urbanas en infraestructuras financiadas mediante el endeudamiento.

El sistema funcionó muy bien aproximadamente durante quince años e implicó no sólo la transformación de las infraestructuras urbanas, sino también la construcción de un nuevo modo de vida y de persona urbana. París se convirtió en «la ciudad de la luz», un gran centro de consumo, turismo y placer; los cafés, los grandes almacenes, la industria de la moda y las grandes exposiciones cambiaron la vida urbana de modo que pudiera absorber enormes excedentes mediante el consumo. Tras un tiempo, sin embargo, el sistema financiero, sobretensado y especulativo, y las estructuras de crédito colapsaron en 1868. Haussmann fue despedido; Napoleón III, desesperado, declaró la guerra a la Alemania de Bismarck para perderla, creándose un vacío en el que se produjo la Comuna de París, uno de los grandes episodios revolucionarios de la historia urbana del capitalismo, desencadenado en parte por la nostalgia del mundo que Haussmann había destrozado y por el deseo de los trabajadores de recuperar la ciudad de la que habían sido desposeídos por sus trabajos [2].

Saltemos ahora a la década de 1940 en Estados Unidos. La descomunal movilización para atender el esfuerzo de guerra había resuelto temporalmente el problema del uso del excedente de capital, que había parecido tan intratable durante la década de 1930, y el desempleo que había traído aparejado, pero todo el mundo temía lo que podría suceder una vez que la guerra concluyese. Políticamente la situación era peligrosa: el gobierno federal estaba, en efecto, dirigiendo una economía nacionalizada y mantenía una alianza con la Unión Soviética comunista, mientras que fuertes movimientos sociales con inclinaciones izquierdistas habían emergido durante la década de 1930. Como en la era de Luis Bonaparte, las clases dominantes de la época consideraban necesaria una vigorosa dosis de represión política, siendo demasiado familiar la posterior historia de la política del mccarthysmo y de la Guerra Fría, cuyos primeros signos abundaban ya a principios de la década de 1940. En el frente económico, persistía la cuestión de cómo podría absorberse el capital excedente.

En 1942, apareció en Architectural Forum una larga evaluación de las iniciativas y trabajos de Haussmann, que documentaba con detalle lo que éste había hecho, intentaba un análisis de sus errores y buscaba recuperar su reputación como uno de los mayores urbanistas de todos los tiempos. El artículo no era sino de Robert Moses, quien tras la Segunda Guerra Mundial hizo en Nueva York lo que Haussmann había hecho en París [3]. Moses cambió la escala de pensamiento sobre el proceso urbano. Mediante un sistema de autopistas y transformaciones de infraestructuras, suburbanización y la remodelación total no sólo de la ciudad sino del conjunto de la región metropolitana, contribuyó a resolver el problema de la absorción de capital excedente. Para lograrlo, exploró las nuevas instituciones financieras y los modelos fiscales que liberarían el crédito necesario para la expansión urbana financiada mediante el endeudamiento. Cuando este proceso se extendió al conjunto de las mayores áreas metropolitanas estadounidenses –de nuevo otro cambio de escala–, desempeñó un papel fundamental a la hora de estabilizar el capitalismo global después de 1945, periodo en el que Estados Unidos podía permitirse propulsar la economía global no comunista incurriendo en déficits comerciales.

La suburbanización de Estados Unidos no fue únicamente cuestión de nuevas infraestructuras. Como en el Segundo Imperio, implicó una transformación radical de los estilos de vida, la introducción de nuevos productos: de las viviendas a las neveras y los aires acondicionados, de los dos coches en el garaje a un enorme incremento en el consumo de petróleo. También alteró el paisaje político, ya que la propiedad subsidiada de una vivienda para la clase media cambió el objeto de atención de la acción comunitaria hacia la defensa de los valores de la propiedad y las identidades individualizadas, canalizando el voto suburbano hacia el republicanismo conservador. Se pensaba que era menos probable que los propietarios de una vivienda, aplastados por la deuda, recurriesen a la huelga. Este proyecto absorbió con éxito el excedente y aseguró la estabilidad social, aunque a costa de vaciar los centros de los cascos urbanos y generar descontento entre aquéllos, básicamente afroamericanos, a quienes se les negaba el acceso a la nueva prosperidad.

A finales de la década de 1960, comenzó un tipo diferente de crisis; Moses, como Haussmann, cayó en desgracia y su solución se consideró inapropiada e inaceptable. Los tradicionalistas se agruparon en torno a Jane Jacobs e intentaron contrarrestar la modernidad brutal de los proyectos de Moses con una estética de barrio localizado. Pero las áreas suburbanas ya habían sido construidas y el cambio radical del estilo de vida que traía aparejado había tenido innumerables consecuencias sociales, llevando a las feministas, por ejemplo, a proclamar esas áreas como el lugar de sus descontentos primordiales. Si la haussmannización desempeñó un papel en las dinámicas de la Comuna de París, las características descarnadas del modo de vida suburbano también desempeñaron su parte en los espectaculares acontecimientos que tuvieron lugar en Estados Unidos en 1968. Los estudiantes blancos de clase media mostraron su descontento desencadenando una fase de revuelta mediante la búsqueda de alianzas con grupos marginales que reivindicaban los derechos civiles y agrupándose contra el imperialismo estadounidense para construir otro tipo de mundo, que incluía también otro tipo de experiencia urbana.

En París, la campaña para detener la vía rápida de la margen izquierda y la destrucción de barrios tradicionales por la invasión de «gigantes de altura» como la Place d'Italie y la torre Montparnasse ayudó a animar las mayores dinámicas del levantamiento de 1968. En este contexto, Henri Lefebvre escribió "La révolution urbaine", que predijo no sólo que la urbanización era central para la supervivencia del capitalismo y, por lo tanto, susceptible necesariamente de convertirse en objeto crucial de la lucha de clases y de la lucha política, sino que estaba desapareciendo paulatinamente la distinción entre el campo y la ciudad mediante la producción de espacios integrados a lo largo del territorio nacional, si no más allá del mismo [4]. El derecho a la ciudad tenía que significar el derecho a dirigir la totalidad del proceso urbano, que estaba dominando cada vez más el campo mediante fenómenos que iban del agribusiness a la segunda residencia y el turismo rural.

De la mano de la revuelta de 1968 vino la crisis financiera de las instituciones crediticias que, al financiar la deuda, habían propiciado un boom inmobiliario durante las décadas precedentes. La crisis se intensificó a finales de la de 1960 hasta que el sistema capitalista colapsó, primero con la explosión de la burbuja del mercado inmobiliario en 1973, a la que siguió la quiebra de la ciudad de Nueva York en 1975. Como indicó William Tabb, la respuesta a las consecuencias de esta última avanzaron, de hecho, la

construcción de la respuesta neoliberal a los problemas de perpetuar el poder de clase reanimando la capacidad de absorber los excedentes que el capitalismo debe producir para sobrevivir [5].

Rodear el globo

Demos otro salto hasta la coyuntura actual. El capitalismo internacional ha conocido una rápida serie de crisis y debacles –Asia oriental y sudoriental en 1997-1998; Rusia en 1998; Argentina en 2001–, pero hasta tiempos recientes había evitado una crisis global, aun teniendo en cuenta la inestabilidad crónica para disponer del excedente de capital. ¿Cuál fue el papel de la urbanización para estabilizar esta situación? En Estados Unidos, se acepta la opinión de que el sector de la vivienda fue un importante estabilizador de la economía, particularmente tras el hundimiento del sector de la alta tecnología a finales de la década de 1990, y un componente activo de la expansión en los primeros años de la actual. El mercado de la vivienda absorbió directamente una gran cantidad de capital excedente mediante la construcción de centros urbanos así como de viviendas y espacios de oficina suburbanos, mientras que la rápida inflación de los precios de los activos de la vivienda –respaldado por una generosa ola de refinanciación hipotecaria a tipos de interés históricamente bajos estimuló el mercado interior estadounidense de bienes de consumo y de servicios. La expansión urbana estadounidense contribuyó parcialmente a estabilizar la economía global, en un momento en que Estados Unidos soportaba enormes déficits comerciales con el resto del mundo, endeudándose aproximadamente por un monto de 2 millardos de dólares diarios para alimentar su insaciable pauta de consumo así como las guerras de Iraq y Afganistán.

Pero el proceso urbano ha experimentado otra transformación de escala. Se ha hecho, dicho en una palabra, global. Los booms inmobiliarios en el Reino Unido y en España, así como en otros muchos países, han ayudado a propulsar una dinámica capitalista de modos que se asemejan a grandes rasgos a lo que ha sucedido en Estados Unidos. La urbanización de China durante los últimos veinte años ha sido de un carácter diferente, concentrándose en el desarrollo de su infraestructura, siendo incluso más importante que el proceso estadounidense. Su ritmo se intensificó enormemente tras una breve recesión en 1997, hasta el punto de que China ha consumido casi la mitad de la producción mundial de cemento desde 2000. Más de cien ciudades han rebasado el punto de inflexión del millón de habitantes durante este periodo, y pequeños pueblos como Shenzhen se han convertido en gigantescas metrópolis de entre 6 y 10 millones de habitantes. Colosales proyectos de infraestructuras, que incluyen presas y autopistas financiadas de nuevo mediante el endeudamiento, están transformando el paisaje. Las consecuencias para la economía global y la absorción de capital excedente han sido significativas: Chile crece espectacularmente gracias al alto precio del cobre, Australia avanza a pasos de gigante e incluso Brasil y Argentina se han recuperado en parte gracias a la fortaleza de la demanda china de materias primas.

¿Es la urbanización de China, por lo tanto, el estabilizador primario del capitalismo global en la actualidad? La respuesta tiene que ser un sí matizado, porque China es únicamente el epicentro de un proceso de urbanización que ahora se ha hecho genuinamente global, en parte por mor de la impresionante integración de los mercados financieros que han utilizado su flexibilidad para financiar mediante el endeudamiento el desarrollo urbano en todo el mundo. El banco central chino, por ejemplo, se ha mostrado activo en el mercado hipotecario estadounidense, mientras que Goldman Sachs se ha involucrado intensamente en el vigoroso mercado inmobiliario de Bombay y el capital de Hong Kong ha invertido en Baltimore. En medio de una marea de migrantes empobrecidos, la construcción ha crecido de un modo inusitado en Johannesburgo, Taipei y Moscú, así como en las ciudades de los países capitalistas centrales, como Londres y Los Ángeles. Impresionantes si no criminalmente absurdos resultan los proyectos de megaurbanización que han emergido en Oriente Próximo en lugares como Dubai y Abu Dhabi, los cuales han absorbido los excedentes procedentes de la riqueza del petróleo en los modos más obscenos, socialmente injustos y ambientalmente despilfarradores.

Esta escala global dificulta la comprensión de que lo que está sucediendo es teóricamente similar a las transformaciones que Haussmann supervisó en París, dado que el boom urbanizador global ha dependido, como sucedió con los que le antecedieron, de la construcción de nuevas instituciones y dispositivos financieros para organizar el crédito necesario para sostenerlo. Las innovaciones financieras lanzadas durante la década de 1980 –titularización y serialización de las hipotecas locales para ser vendidas en todo el mundo y establecimiento de nuevos vehículos para negociar obligaciones de deuda garantizada– han desempeñado un papel fundamental, siendo sus principales beneficios la dispersión del riesgo y la posibilidad de crear fondos de ahorro excedente de más fácil acceso para la demanda de vivienda. Estas innovaciones financieras también han reducido los tipos de interés globales, al tiempo que generaban inmensas fortunas para los intermediarios financieros que trabajaban con esos prodigios. Pero dispersar el riesgo no significa eliminarlo. Además, el hecho de que éste pueda distribuirse tan ampliamente, estimula comportamientos locales todavía más arriesgados, porque el pasivo puede transferirse a otra parte. Sin controles adecuados de evaluación del riesgo, esta ola de financiarización se ha traducido ahora en la doble crisis de las hipotecas subprime

y del valor de los activos inmobiliarios. El resultado de todo ello se concentró primero en las ciudades estadounidenses, con implicaciones particularmente serias para los afroamericanos de bajos ingresos ubicados en el centro de las ciudades y los hogares a cargo de una mujer soltera. Ha afectado también a aquellos que, incapaces de permitirse los elevadísimos precios de la vivienda en los centros urbanos, especialmente en el sudoeste, fueron obligados a desplazarse a las periferias metropolitanas: aquí decidieron especular, inicialmente pagando tipos de interés baratos, con viviendas adosadas ya construidas, enfrentándose ahora a costes de desplazamiento crecientes a medida que aumenta el precio del petróleo y con cuotas hipotecarias cada vez mayores cuando comienzan a pagar los intereses de acuerdo con los tipos de mercado.

La crisis actual, con sus severas repercusiones locales sobre la vida y las infraestructuras urbanas, amenaza también la totalidad de la arquitectura del sistema financiero global y puede desencadenar, además, una recesión de envergadura. Los paralelos con la década de 1970 son escalofriantes, incluida la inmediata respuesta con la concesión de dinero fácil por parte de la Reserva Federal en 2007-2008, que generará casi con toda seguridad fuertes corrientes de inflación incontrolable, si no una situación de estanflación, en un futuro no muy lejano. Sin embargo, la situación es mucho más compleja en la actualidad, y sigue siendo una cuestión abierta si China puede compensar una debacle seria de Estados Unidos; incluso parece que en aquel país el ritmo de la urbanización puede estar ralentizándose [6]. Los sistemas de negociación informatizados que operan prácticamente en tiempo real siempre amenazan con crear una gran divergencia en el mercado, que ya está produciendo una increíble volatilidad en la negociación bursátil y que precipitará una crisis masiva que requerirá repensar totalmente cómo funcionan no sólo los mercados monetarios y financieros, sino también su relación con la urbanización.

Propiedad y pacificación

Como en todas las fases precedentes, esta última radical expansión del proceso urbano ha traído aparejadas increíbles transformaciones de los estilos de vida. La calidad de la vida urbana se ha convertido en una mercancía, como la ciudad misma, en un mundo en el que el consumismo, el turismo, las industrias culturales y las basadas en el conocimiento se han convertido en aspectos esenciales de la economía política urbana. La inclinación posmoderna a estimular la formación de nichos de mercado –tanto en los hábitos de consumo como en las formas culturales– acecha la experiencia urbana contemporánea con un aura de libertad de elección, siempre que se disponga de dinero para ello. Grandes centros y superficies comerciales proliferan como lo hacen los restaurantes de fast food y los mercados de productos artesanales. Asistimos ahora, como señala el sociólogo urbano Sharon Zukin, a la «pacificación mediante el cappuccino». Incluso la incoherente, blanda y monótona promoción de vivienda adosada suburbana, que continúa dominando en muchas áreas, recibe ahora su antidoto en la forma de un movimiento en pro de un «nuevo urbanismo» que oferta la venta de comunidad y estilos de vida de calidad para cumplir todo tipo de sueños urbanos. Éste es un mundo en el que la ética neoliberal de un intenso individualismo posesivo y su correspondiente retirada política de las formas de acción colectiva se convierte en el modelo de la socialización humana [7]. La defensa de los valores de la propiedad se convierte en un interés político tan fundamental que, como señala Mike Davis, las asociaciones de propietarios en el estado de California se han convertido en bastiones de la reacción política, si no de fascismos fragmentados a escala de barrio [8].

Vivimos cada vez más en áreas urbanas divididas y proclives al conflicto. Durante las últimas tres décadas, el giro neoliberal ha restaurado el poder de clase en manos de las elites ricas. En México han aparecido 14 millonarios desde entonces, y en 2006 el país se jactaba de que un connacional, Carlos Slim, era el hombre más rico del planeta, al tiempo que las rentas de los pobres se habían estancado o directamente disminuido. Los resultados se hallan indeleblemente grabados en las formas espaciales de nuestras ciudades, caracterizadas cada vez más por fragmentos fortificados, comunidades valladas y espacios públicos privatizados sometidos a constante vigilancia. En el mundo en vías de desarrollo en particular, la ciudad *se está dividiendo en diferentes partes separadas, con la evidente formación de innumerables «micro Estados»*. *Barrios ricos dotados de todo tipo de servicios, tales como escuelas exclusivas, campos de golf y de tenis, y servicios privados de policía que patrullan el área de modo permanente, se entrelazan con asentamientos ilegales en los que puede disponerse de agua únicamente en fuentes públicas, no existe alcantarillado, la electricidad es pirateada por unos pocos privilegiados, las calles se convierten en barrizales cuando llueve, y donde compartir casa es la norma. Cada fragmento parece vivir y funcionar de modo autónomo, aferrándose tenazmente a lo que ha sido capaz de conseguir en la lucha diaria por la supervivencia* [9].

Bajo estas condiciones, los ideales de identidad urbana, ciudadanía y pertenencia –ya amenazados por la difusión del malestar de la ética neoliberal– resultan mucho más difíciles de sostener. La redistribución privatizada mediante la actividad criminal amenaza la seguridad a cada paso, promoviendo demandas populares para que sea suprimida por la policía. Incluso la idea de que la ciudad podría funcionar como cuerpo político colectivo, un lugar en el que y desde el que los movimientos sociales progresivos podrían emanar, no parece plausible. Existen, sin embargo, movimientos sociales urbanos que intentan superar el aislamiento y remodelar la ciudad de acuerdo con una imagen diferente de la promovida por los promotores inmobiliarios respaldados por el capital

financiero, el capital corporativo y un aparato de Estado cada vez más imbuido por una lógica estrictamente empresarial.

Desposesiones

La absorción de excedente mediante la transformación urbana tiene un aspecto todavía más siniestro, que ha implicado repetidas explosiones de reestructuración urbana mediante la «destrucción creativa», que tiene casi siempre una dimensión de clase, dado que son los pobres, los no privilegiados y los marginados del poder político quienes sufren primero y en mayor medida las consecuencias de este proceso en el que la violencia es necesaria para construir el nuevo mundo urbano a partir de las ruinas del viejo. Haussmann desgarró los viejos barrios pobres de París, utilizando el poder de la expropiación en nombre de la mejora y la renovación cívicas, e implementó deliberadamente la expulsión de buena parte de la clase obrera y de otros elementos levantiscos presentes en el centro de la ciudad, donde constituían una amenaza al orden público y al poder. Creó una forma urbana en la que pensaba –incorrectamente, como se demostró en 1871– que, con niveles suficientes de vigilancia y control militar, podría garantizarse que los movimientos revolucionarios serían domeñados con facilidad. Sin embargo, como Engels señala en 1872: *En realidad, la burguesía dispone únicamente de un método para resolver el problema de la vivienda de modo vacilante, es decir, resolverlo de modo que la solución continuamente reproduzca de nuevo el problema. Este método se llama «Haussmann» [...] No importa qué diferentes puedan ser las razones, el resultado siempre es el mismo; los escandalosos callejones y callejuelas desaparecen acompañados por las generosas autoalabanzas de la burguesía que explican el tremendo éxito cosechado, pero reaparecen de nuevo inmediatamente en algún otro sitio [...] La misma necesidad económica que los produjo en una primera ubicación, los reproduce en otro lugar [10].*

Llevó más de cien años completar el aburguesamiento del centro de París, con las consecuencias vistas en los recientes levantamientos y en la ola de violencia que sacudió los suburbios aislados que atrapan a los migrantes marginados y a los trabajadores y jóvenes desempleados. Lo triste en este caso, por supuesto, es que la situación descrita por Engels se reproduce de modo recurrente a lo largo de la historia. Robert Moses «empuñó el hacha en el Bronx», según sus propias palabras, cosechando largos y ruidosos lamentos de los grupos y movimientos vecinales. En el caso de París y Nueva York, una vez que el poder de las expropiaciones del Estado ha sido objeto de resistencia y contención exitosas, se desencadena una progresión más insidiosa y cancerosa a través de la disciplina presupuestaria municipal, la especulación inmobiliaria y la zonificación del uso del suelo de acuerdo con la tasa de beneficio de su «más elevado y mejor uso». Engels comprendió esta secuencia de modo más que certero: *El crecimiento de las grandes ciudades modernas concede al suelo localizado en determinadas áreas, particularmente en aquellas que se hallan centralmente situadas, un incremento artificial y colosal de su valor. Los edificios erigidos sobre las mismas deprimen su valor en vez de incrementarlo, porque dejan de estar adaptados a circunstancias que no dejan de modificarse, siendo entonces derribados y sustituidos por otros, lo cual sucede sobre todo con las viviendas de los trabajadores que se hallan ubicadas en los centros de las ciudades y cuyas rentas, incluso forzando al máximo su congestión, nunca pueden, o lo hacen muy lentamente, incrementarse por encima de determinado máximo. Son demolidas y en su lugar se construyen tiendas, almacenes y edificios públicos [11].*

Aunque esta descripción fue escrita en 1872, es aplicable directamente al desarrollo urbano contemporáneo en gran parte de Asia –Delhi, Seúl, Bombay–, así como a los procesos de gentrificación de Nueva York. En el corazón de la urbanización característica del capitalismo radica un proceso de desplazamiento y lo que yo denomino «acumulación por desposesión» [12]. Se trata de la contraimagen de la absorción de capital mediante el redesarrollo urbano, que da lugar a numerosos conflictos en torno a la captura de suelo valioso en manos de las poblaciones de renta baja que han podido vivir en esas ubicaciones durante muchos años.

Considérese el caso de Seúl durante la década de 1990: las empresas de construcción y los promotores inmobiliarios contrataron escuadras de matones con complejión de luchadores de sumo para invadir los barrios de las colinas de la ciudad, que no sólo demolieron y destrozaron las viviendas sino también todas las pertenencias de aquellos que habían construido sus propias casas durante la década de 1950 en terrenos que se habían convertido ahora en suelo de gran valor. Edificios de gran altura, que no muestran traza alguna de la brutalidad que permitió su construcción, cubren ahora la mayoría de esas colinas. En Bombay, entretanto, 6 millones de personas oficialmente consideradas como chabolistas se hallan instaladas en terrenos sobre los que no poseen título legal alguno; todos los mapas de la ciudad dejan estos lugares en blanco. Con la pretensión de convertir Bombay en un centro financiero global digno de rivalizar con Shanghai, el boom inmobiliario se ha intensificado y el suelo que ocupan estos habitantes ilegales parece cada vez más valioso. Dharavi, una de las áreas urbanas hiperdegradadas más prominentes de Bombay, se estima que puede tener un valor de 2 millardos de dólares. La presión para desalojarla –aduciendo razones ambientales y sociales que ocultan el apoderamiento del suelo– asciende día tras día. Los poderes financieros, respaldados por el Estado, presionan para que se produzca un desalojo por la fuerza, con la intención de apropiarse violentamente de terrenos en algunos casos ocupados durante una generación. Se trata de acumulación de capital mediante booms de actividad inmobiliaria, ya que el suelo se adquiere prácticamente sin ningún coste.

¿Será compensada la gente que es desplazada? Los afortunados obtendrán algo, pero aunque la Constitución india especifica que el Estado tiene la obligación de proteger las vidas y el bienestar del conjunto de la población, con independencia de la clase o la casta, y de garantizar los derechos a la vivienda y el alojamiento, el Tribunal Supremo ha dictado sentencias que reescriben esa exigencia constitucional. Como los habitantes de esas áreas urbanas hiperdegradadas son ocupantes ilegales y muchos no pueden demostrar de modo irreprochable una residencia prolongada, no tienen derecho de compensación. Conceder tal derecho, afirma el Tribunal Supremo, equivaldría a recompensar a los rateros por sus acciones, de modo que los ocupantes ilegales, o bien resisten y luchan, o bien se trasladan con sus pocas pertenencias para acampar en los márgenes de las autopistas o donde puedan encontrar un reducido lugar para instalarse [13]. Ejemplos de desposesión pueden encontrarse también en Estados Unidos, aunque éstos tienden a ser menos brutales y más legalistas: el derecho del Estado al dominio eminente ha sido objeto de abuso a fin de desplazar a residentes establecidos en viviendas razonables en beneficio de usos del suelo de mayor importancia como grandes edificios de viviendas y centros comerciales. Cuando tal comportamiento llegó al Tribunal Supremo estadounidense, los jueces sentenciaron que era constitucional que las autoridades locales se comportasen de ese modo para incrementar la base imponible de sus impuestos sobre la propiedad [14].

En China, millones de personas están siendo desposeídas de los espacios que han ocupado durante largo tiempo, ascendiendo a 3 millones únicamente en Pekín. Como carecen de derechos de propiedad privada, el Estado puede simplemente desplazarlos por decreto, ofreciendo un pequeño pago en metálico para ayudarles en su nueva situación, antes de conceder con gran beneficio el suelo a los promotores. En algunos casos, la gente se ha movido voluntariamente, pero abundan las noticias de casos de gran resistencia, que son respondidos con una represión brutal por el Partido Comunista. En China abundan los casos de desplazamientos de población en los márgenes rurales, que ilustran el significado de la idea de Lefebvre, visionariamente articulada en la década de 1960, de que la distinción entre lo urbano y lo rural se estaba disolviendo en un conjunto de espacios porosos de desarrollo geográfico desigual bajo el poder hegemónico del capital y del Estado. Esto ha sucedido en India, donde los gobiernos central y estatal favorecen ahora el establecimiento de Zonas Económicas Especiales, supuestamente para el desarrollo industrial, aunque la mayoría del suelo se dedica a la urbanización. Esta política ha conducido a enconadas batallas contra los productores agrícolas, cuyo epítome fue la masacre de Nandigram en Bengala occidental en marzo de 2007, orquestada por el gobierno marxista del estado. El intento de encontrar terrenos para el Grupo Salim, un conglomerado indonesio, por parte del gobierno del PCI (marxista) se saldó con el envío de la policía para dispersar a los habitantes del pueblo, de los cuales 14 murieron y docenas fueron heridos. Los derechos de propiedad en este caso no proporcionaron ninguna protección.

¿Qué opinar, por otro lado, de la propuesta aparentemente progresista de conceder derechos de propiedad privada a las poblaciones que ocupan ilegalmente, proporcionándoles activos que les permitirían salir de la pobreza? [15]. Un plan de este tipo se está discutiendo ahora para las favelas de Rio de Janeiro, por ejemplo. El problema es que los pobres, asediados por la inseguridad de su renta y frecuentes dificultades financieras, pueden ser persuadidos fácilmente de vender ese activo por un pago en metálico relativamente bajo. Los ricos habitualmente rechazan renunciar a sus activos de valor sin importar lo elevado que pueda ser el precio ofrecido por ellos, lo cual explica por qué Moses pudo empuñar el hacha en el Bronx de rentas bajas, pero no en la rica Park Avenue. El efecto duradero de la privatización de la vivienda social en Gran Bretaña por Margaret Thatcher ha sido crear una estructura de alquileres y precios en toda el área del Londres metropolitano que impide a los grupos de renta baja o incluso de clase media el acceso a una vivienda en punto alguno próximo al centro urbano. Apuesto que en quince años, si continúan las tendencias actuales, la totalidad de las colinas de Rio de Janeiro ocupadas por favelas estarán cubiertas por altos edificios de viviendas con vistas fabulosas sobre la idílica bahía de la ciudad, mientras que los anteriores habitantes de aquellas habrán sido filtrados a alguna remota periferia.

Formular demandas

La urbanización, podemos concluir, ha desempeñado un papel crucial en la absorción de los excedentes de capital, siempre a una escala geográfica cada vez mayor, pero al precio de un proceso impresionante de destrucción creativa que ha desposeído a las masas de todo derecho a la ciudad, cualesquiera que sean éstos. El planeta como terreno de construcción choca con el «planeta de ciudades miseria» [16]. Periódicamente esto acaba en revuelta, como en París en 1871 o en Estados Unidos tras el asesinato de Martin Luther King en 1968. Si, como parece probable, las dificultades presupuestarias crecen y la hasta ahora exitosa fase neoliberal, posmoderna y consumista de urbanización capitalista mediante la absorción de excedente llega a su fin y se desencadena una crisis de mayores dimensiones, entonces se plantea la siguiente pregunta: ¿dónde está nuestro 1968 o, dicho más llamativamente, nuestra versión de la Comuna? Como sucede con el sistema financiero, la respuesta va a ser mucho más compleja precisamente porque el proceso urbano presenta ahora un alcance global. Los signos de rebelión se prodigan por doquier: el malestar en China e India es crónico, las guerras civiles desgarran África, América Latina está en fermento. Cualquiera de estas revueltas podría ser contagiosa. A diferencia del sistema financiero, sin embargo, los movimientos urbanos y periurbanos de

oposición, que abundan en todo el mundo, no se hallan estrechamente interrelacionados; de hecho, la mayoría no tienen conexión entre sí. Si algo los hiciera conectarse entre sí, ¿qué exigirían?

La respuesta a esta última pregunta es realmente simple en teoría: mayor control democrático sobre la producción y utilización del excedente. Dado que el proceso urbano es un canal esencial de uso del excedente, instituir una gestión democrática sobre su despliegue urbano constituye el derecho a la ciudad. A lo largo de la historia capitalista, parte del plusvalor ha sido gravado fiscalmente, y durante las fases socialdemócratas la proporción a disposición del Estado ha crecido de modo significativo. El proyecto neoliberal de los últimos 30 años ha estado orientado hacia la privatización de ese control. Los datos del conjunto de países de la OCDE muestran, sin embargo, que la parte gestionada por el Estado del producto bruto se ha mantenido prácticamente constante desde la década de 1970 [17]. El mayor logro del asalto neoliberal ha sido, por consiguiente, impedir que la cuota pública se expandiese como lo hizo durante la década de 1960. El neoliberalismo también ha creado nuevos sistemas de gobernanza que integran los intereses del Estado y de las empresas, y que, mediante el uso del poder del dinero, han asegurado que la utilización del excedente a través de la Administración pública favorezca al capital corporativo y a las clases dominantes a la hora de conformar el proceso urbano. Incrementar la proporción del excedente detentado por el Estado únicamente tendrá un impacto positivo si éste es sometido de nuevo a control democrático.

Es obvio que el derecho a la ciudad está cayendo cada vez más en manos de intereses privados o cuasi privados. En Nueva York, por ejemplo, el multimillonario alcalde Michael Bloomberg está remodelando la ciudad en sintonía con los promotores, Wall Street y los elementos de la clase capitalista transnacional, promoviendo como una ubicación óptima para las empresas de alta gama y un destino fantástico para los turistas. Está convirtiendo Manhattan en una inmensa comunidad vallada para los ricos. En Ciudad de México, Carlos Slim había remodelado las calles del centro para agradar la mirada de los turistas. Pero no sólo se trata de que individuos ricos ejerzan un poder directo. En la ciudad de New Haven, carente de recursos para la reinversión urbana, está Yale, una de las universidades más ricas del mundo, que está rediseñando gran parte del tejido urbano para adaptarlo a sus necesidades. Johns Hopkins University está haciendo lo propio con la zona oriental de Baltimore, y Colombia University planea hacer lo mismo respecto a determinadas áreas de Nueva York: ambas iniciativas han desencadenado movimientos vecinales de resistencia. El derecho a la ciudad, tal como se halla hoy constituido, se encuentra demasiado restringido, en la mayoría de los casos, a una reducida elite política y económica que se halla en condiciones cada vez más de conformar las ciudades de acuerdo con sus propios deseos.

Cada mes de enero, la Oficina del Interventor del Estado de Nueva York publica una estimación del total de bonos pagados por Wall Street durante los anteriores 12 meses. En 2007, un año desastroso para los mercados financieros desde todo punto de vista, esos bonos ascendieron a 33,2 billardos de dólares, tan sólo un 2 por 100 menos que el año anterior. A mediados del verano de 2007, la Reserva Federal y el Banco Central Europeo inyectaron miles de millones de dólares en créditos a corto plazo en el sistema financiero para asegurar su estabilidad, y posteriormente la Fed redujo espectacularmente los tipos de interés e inyectó enormes cantidades de liquidez cada vez que el índice Dow amenazaba con caer estrepitosamente. Entretanto, aproximadamente dos millones de personas han perdido o están a punto de perder sus viviendas por la ejecución de sus hipotecas. Muchos barrios urbanos e incluso comunidades periurbanas en Estados Unidos han sido clausuradas y vandalizadas, destruidas por las prácticas prestamistas de las instituciones financieras. Esta población no percibe bonos. En realidad, dado que la ejecución hipotecaria significa la condonación de la deuda, lo cual es considerado como una renta en Estados Unidos, muchos de los expulsados se enfrentan a una importante carga tributaria en concepto de impuesto sobre la renta por un dinero que nunca estuvo en sus manos. Esta asimetría no puede entenderse sino como una contundente y masiva forma de confrontación de clase. Está desencadenándose un «Katrina financiero», que amenaza, convenientemente para los promotores inmobiliarios, con barrer barrios enteros de renta baja ubicados en terrenos potencialmente de alto valor situados en el centro de las ciudades, de forma mucho más eficaz y rápida de lo que sería posible con los expedientes de expropiación forzosa.

Durante el siglo XXI veremos surgir una oposición coherente a estas pautas de comportamiento. Existen ya, por supuesto, una gran cantidad de diversos movimientos sociales que se concentran en la cuestión urbana, desde India y Brasil hasta China, España, Argentina y Estados Unidos. En 2001, se insertó un anexo sobre la ciudad en la Constitución brasileña, fruto de la presión ejercida por los movimientos sociales, que reconocía el derecho colectivo a la ciudad [18]. En Estados Unidos, se ha sugerido que los 700 billardos de dólares destinados a rescatar a las instituciones financieras se entreguen a un Banco para la Reconstrucción que serviría para evitar las ejecuciones hipotecarias y financiar proyectos para revitalizar los barrios y renovar las infraestructuras municipales. La crisis urbana que está afectando a millones de personas se pondría por delante de las necesidades de los grandes inversores y financieros. Desafortunadamente, los movimientos sociales no son lo suficientemente fuertes como para imponer esta solución, ni han convergido todavía en torno al objetivo singular de obtener un mayor control sobre los usos del excedente y mucho menos sobre las condiciones de su producción.

En este momento de la historia, ésta tiene que ser una lucha global, predominantemente con el capital financiero, ya que ésta es la escala a la que trabajan en la actualidad los procesos de urbanización. Obviamente, la tarea política de organizar tal confrontación es difícil, cuando no apabullante. Sin embargo, las oportunidades se multiplican, porque, como demuestra este breve texto, las crisis estallan recurrentemente en torno a la urbanización tanto local como globalmente, y las metrópolis se han convertido en el punto de colisión masiva –¿nos atrevemos a llamarlo lucha de clases?– de la acumulación por desposesión impuesta sobre los menos pudientes y del impulso promotor que pretende colonizar espacio para los ricos.

Dar un paso adelante para unificar estas luchas supone adoptar el derecho a la ciudad como eslogan práctico e ideal político, porque el mismo plantea la cuestión de quién domina la conexión necesaria entre urbanización y producción y utilización del excedente. La democratización de ese derecho y la construcción de un amplio movimiento social para hacerlo realidad son imprescindibles si los desposeídos han de recuperar el control sobre la ciudad del que durante tanto tiempo han estado privados, y desean instituir nuevos modos de urbanización. Lefebvre tenía razón en insistir en que la revolución tiene que ser urbana, en el más amplio sentido de este término, o no será.

notas:

- 1 Robert Park, *On Social Control and Collective Behavior*, Chicago, 1967.
- 2 Para un examen exhaustivo, véase David Harvey, *Paris, Capital of Modernity*, Nueva York, 2003 [ed. cast.: Paris, capital de la modernidad, Madrid, Akal, 2008].
- 3 Robert Moses, «*What Happened to Haussmann?*», *Architectural Forum* LXXVII (julio de 1942), pp. 57-66.
- 4 Henri Lefebvre, *The Urban Revolution*, Minneapolis, 2003, y *Writings on Cities*, Oxford, 1996.
- 5 William Tabb, *The Long Default. New York City and the Urban Fiscal Crisis*, Nueva York, 1982.
- 6 Richard Bookstaber, *A Demon of Our Own Design. Markets, Hedge Funds and the Perils of Financial Innovation*, Hoboken (NJ), 2007.
- 7 Hilde Nafstad et al., «*Ideology and Power. The Influence of Current Neoliberalism in Society*», *Journal of Community and Applied Social Psychology* XVII, 4 (julio de 2007), pp. 313-327.
- 8 Mike Davis, *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles, Londres y Nueva York*, 1990 [ed. cast.: Ciudad de cuarzo, Madrid, Lengua de Trapo, 2003].
- 9 Marcello Balbo, «*Urban Planning and the Fragmented City of Developing Countries*», *Third World Planning Review* XV, 1 (1993), pp. 23-35.
- 10 Friedrich Engels, *The Housing Question*, Nueva York, 1935, pp. 74-77.
- 11 *Ibid.*, p. 23
- 12 D. Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, 2003, capítulo 4 [ed. cast.: El nuevo imperialismo, Madrid, Akal, 2004].
- 13 Usha Ramanathan, «*Illegality and the Urban Poor*», *Economic and Political Weekly*, 22 de julio de 2006; Rakesh Shukla, «*Rights of the Poor. An Overview of Supreme Court*», *Economic and Political Weekly*, 2 de septiembre de 2006.
- 14 Kelo versus New London, CT, decidió el 23 de junio de 2005 en el caso 545 US 469 (2005).
- 15 Gran parte de estas ideas provienen del libro de Hernando de Soto, *The Mystery of Capital. Why Capitalism Triumphs in the West and Fails Everywhere Else*, Nueva York, 2000; véase también el análisis crítico de Timothy Mitchell, «*The Work of Economics. How a Discipline Makes its World*», *Archives Européennes de Sociologie* XLVI, 2 (agosto de 2005), pp. 297-320.
- 16 Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres y Nueva, 2006 [ed. cast.: Planeta de ciudades miseria, Madrid, Foca, 2007].
- 17 OECD Factbook 2008. Economic, Environmental and Social Statistics, Paris, 2008, p. 225.
- 18 Edésio Fernandes, «*Constructing the "Right to the City" in Brazil*», *Social and Legal Studies* XVI, 2 (junio de 2007), pp. 201-219.